

Concurso de Literatura 2020
1º Premio – Cuento Matriculados



PABLO ALFONSO FREIRE

Mocoso

Estoy sentado con la mirada perdida en la borra de un capuchino delante de mí, en el bar de Córdoba y Ayacucho. Por el rabillo del ojo espío el reloj redondo de fondo blanco y números negros, que cuelga en la misma pared desde la que Minguito lo observa todo, atento a la hora para ir a la clase de Microeconomía. Hundo el índice y el pulgar izquierdos en mis ojos y sostengo la cabeza usando el antebrazo clavado en la mesa.

Me incorporo contra el respaldo de la silla y sin ningún pudor extendiendo los brazos a ambos lados crucificando la parte superior del cuerpo. Observo el paisaje. Apenas media docena de mesas ocupadas. Un par de personas prestan atención al televisor de tubo apoyado sobre la pared a un par de metros de altura. El resto de las mesas están ocupadas por gente sin destino para quienes parece ser lo mismo estar en el bar o en cualquier otro lugar. No miran las noticias, ni leen, ni tampoco conversan. Están. Hago una rotación de cuello y escucho un ruido hueco. Una presión de afuera hacia adentro perfora mis sienes. La derrota me invade. Tengo que permanecer alerta para no caer en un remolino de desesperanza que me impida ir a clase.

La puerta del bar se abre y el frío azul de la calle corta la monotonía gris del lugar y me despabila. En el salón la escena sigue siendo la misma. Congelada. Estática. El chico cierra la puerta y en forma automática, recorre las mesas ocupadas una por una dejando sobre ellas, una estampita de algún santo o santa. Nadie le presta

atención, salvo el mozo que parece haber encontrado algo para distraerse y eyectado desde el mostrador se le acerca ordenándole que se vaya al mismo tiempo que camina al lado suyo, pues el chico le dispensa la misma atención que el resto de la gente le presta a él. Cumplido su deber de informar al intruso la necesidad de marcharse, vuelve al mostrador resignado. Sigo todo el recorrido del chico. Luego de dejar las estampitas en las mesas, repite el periplo, esta vez para recuperar esos papelitos mágicos o con algo de suerte para hacerse de alguna moneda o billete menor que le den a cambio. La vuelta termina en mi mesa.

- ¿Querés comer algo? Me mira y echa un vistazo rápido al mostrador primero y a la puerta después. ¿Tendrá miedo del mozo? ¿Lo estará esperando alguien? ¿Su jefe? Duda. Yo pienso: ¡Por favor decí que sí!

– ¿No querés sentarte? Morfás algo y te vas. Es un rato nomás. No pasa nada.

Decide sentarse. Mis hombros se relajan. Mis sentidos se van recuperando.

- ¿Cómo te llamás? Le pregunto al mismo tiempo que le hago una seña al mozo.

- Diego.

- Hola Diego. Yo soy Daniel. – Le estiro mi mano derecha. Diego la acepta y me ofrece la suya, chiquita y oscura, que envuelvo con la mía.

Se acerca el mozo y le pido un especial de jamón y queso con un café con leche.

Lo mira a Diego y grita con el ímpetu de los mozos de pizzería– ¡Un café con leche!
¡Sale un especial de jamón y queso!

Diego se mueve en la silla. Con la mano derecha se rasca la cabeza. Se detiene. Apoya ambas manos en la mesa. Las retira y se cruza de brazos. Su mirada salta de mesa en mesa. Debe tener unos ocho años. Su pelo negro y finito, está limpio y muy corto. En su cara marrón se hacen notar dos ojos redondos y tan negros como el pelo, con pestañas largas que hacen lento el pestañeo. La nariz es chiquita y está lastimada debajo de tanto frotarse. Se baja el cierre del polar gris finito y raído que usa de abrigo. Debajo tiene un sweater de lana marrón con algunos agujeros. El escote en V deja a la vista una remera bordó con cuello blanco muy gastado. La última capa de esa cebolla es una camiseta de mangas largas y estiradas, que asoman debajo del sweater y le llegan hasta la mitad de las manos. El puño derecho tiene un pegote marrón consecuencia de la ardua tarea de limpiarse los mocos. Con disimulo dejo caer la cucharita al piso y me agacho para levantarla. Miro sus pies y dejo salir el aire contenido desde que decidí descender para investigar. Retomo mi posición con serenidad y vuelvo a mirar a Diego. La angustia que me sorprendió, se evaporó. Tiene puestas un par de medias. Y de lana. Se las ve abrigadas. También lleva zapatillas con cordones. Me doy cuenta de que Diego es amado. El pelo limpio y las medias son señales inconfundibles de amor.

Sus ojos me examinan. Ya no se mueve tanto. Ahora sus manos están cruzadas sobre la mesa. Se adueña de su espacio. Y justo a tiempo, porque el mozo acerca un plato con un sándwich de pan francés y un café con leche en una taza alta de boca redonda.

Diego se toma un tiempo para atacar. Quizás está decidiendo por dónde empezar. O ¿quizás está esperando una señal mía? – Dale Diego, meta – y agarra el

sándwich con las dos manos. Los codos clavados en la mesa. Es una flauta de dos cuartas, recargada de jamón y queso cortados en fetas gruesas. Abre la boca hasta dejar bien tirantes los labios. Veo su campanilla y si me esforzara podría verle las amígdalas. Clava su dentadura en el pan y unas cuantas costras partidas caen a la mesa. Una vez posicionados los dientes, los hunde y al mismo tiempo desgarrar un pedazo que ocupa todo el espacio de la boca. Si tuviera la nariz tapada, moriría de asfixia. Hace todo este esfuerzo sin quitarle la mirada al pan. Lo controla y deja bien claro quién es el que manda.

Una vez que traga, va en busca del café con leche. Está bien caliente. Toma la taza con sus dos manos y la lleva a la boca. El humo se le mete por la nariz y le humedece un poco la vista. Bebe un sorbo largo con los ojos cerrados. Debe estar sintiendo un terrible calor en la garganta que luego descenderá hasta el estómago. Pero no quema. Reconforta.

Sigue comiendo su sándwich y tomando su café con leche. Entre bocado y sorbo, me mira. Sonríe y así puedo ver unos dientes blancos que contrastan de manera deliciosa con su piel. Termina el café con leche y todavía le queda un poco menos de la mitad del sándwich. Se limpia la boca con el mismo puño que usa para los mocos, haciendo un desprecio total a las servilletas de papel acomodadas dentro de la caja de metal con resortes.

- ¿Este pedazo me lo puedo guardar?

- Si claro. ¿Te gustó el sándwich?

- Sí. Mucho.

- Bueno. Qué suerte. Me alegro.

- ¿Me puedo ir?

- Claro. ¿Todavía tenés que seguir repartiendo?

Un reflejo lleva su mano derecha al bolsillo del pantalón. Se había olvidado. Me mira pensativo. - No. Me voy a casa. Le quiero contar a mi mamá que estuve comiendo en un restaurante.

- Buenísimo Diego. Chau. Gracias por la compañía que me hiciste.

Me vuelve a ofrecer toda la hilera de dientes blancos de arriba y se le forman dos pocitos, uno en cada mejilla. – De nada. Chau. – Deja una estampita sobre la mesa y se va corriendo. Se detiene un par de segundos al llegar a la vereda para subirse el cierre del polar y continúa corriendo.

Le pido la cuenta al mozo. Agarro la estampita. Es la virgen de Itatí. Pago, me levanto y camino con pasos largos hacia la puerta. Antes de abrir me calzo el sobretodo. Salgo del bar y cruzo Córdoba en diagonal casi al trote para tomarme el sesenta que está parado en la esquina esperando la luz verde del semáforo.